

*Losas conquista y pierde,
Aumenta su negror con su veloz
[tamaño,
Veloz, veloz, a solas con su
[suerte.*

Jorge Guillén
[pág. 204]

Con un excelente texto introductorio, singularmente tanto erudito como didáctico, *Faunética* es un trabajo digno de nuestro modesto reconocimiento, pues, finalmente, logra transmitir la magia, o la fantasía, que hay en cada uno de nuestros misteriosos cohabitantes.

GUILLERMO
LINERO MONTES

La sugerente astucia de un autor

Liturgia de difuntos

Fernando Toledo Zamora

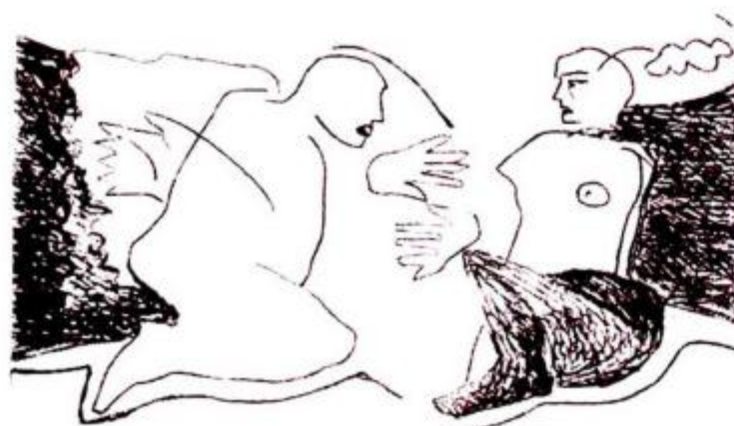
Alfaguara, Bogotá, 2002, 222 págs.

En la Colombia de nuestros días, un melómano y conductor de programas culturales en televisión publica su primera novela sobre la España de los Reyes Católicos, o más concretamente sobre aquello que los historiadores españoles Fernando García de Cortázar y José Manuel González Vesga, en su *Breve historia de España* (Madrid, Alianza Editorial, 1994), han sintetizado así:

En este contexto de imposición de su voluntad, la monarquía católica renueva el valor de la religión como fermento de la unión política. El credo único, heredero también del fin de la guerra granadina y de las tensiones anti-semitas de los siglos XIV y XV, acentúa los rigores contra la minoría hebraica castellana, la más numerosa después de los asaltos a las juderías aragonesas. A tal fin, en 1468 se establece el moderno Tribunal de la Inquisición,

encargado de la persecución y castigo de los hebreos convertidos al cristianismo que conservaban en secreto sus tradiciones.

[...] los Reyes Católicos sorprenden a la comunidad hebraica en 1492 al decretar la expulsión de los judíos hispanos o su conversión forzosa al cristianismo. Siguiendo el ejemplo de Abraham Señor, rabino mayor de Castilla, una gran parte de la clase dirigente elegiría el bautismo como tabla de salvación, aunque muchos otros tomarían la senda del destierro. La salida de Sefarad de un notable grupo humano —cerca de ciento cincuenta mil castellano aragoneses— desangrará durante algún tiempo la demografía y los recursos de las ciudades. Los judíos españoles encontrarían acogida en las urbes musulmanas del norte de África, el Imperio Otomano, Portugal e Italia, nuevas sedes de las comunidades sefarditas que han conservado vivo el castellano de la época.
[pág. 244]



Desde este 1492 hasta 1928, la novela se sustenta en seis fechas correspondientes a seis escenas. En la primera, 1680, que actúa como obertura panorámica, la Inquisición, teatral, aparatosa, ya barroca, despliega sus magias escénicas en la plaza mayor de Madrid. Un auto de fe, en pro de la pureza de la sangre y la fe, presidido por Carlos II, rey de España, su esposa María Luisa de Orleans y la reina madre, doña Mariana de Austria.

Nuño de la Cueva, niño en Ciudad Real, soldado retirado del ejército de Italia, ahora casi pobre de oficio, con dos trajes y poco más, asiste a dicho despliegue de rigor y crueldad, inquieto, desasosegado

por sus orígenes judíos pero convertido ahora en soplón e informante de herejes y judaizantes, será el hilo conductor del recuento. Su protector, fray Gil de Santillana, lo ha invitado, pero en público parece erigir una cautelosa muralla de distancias. Toda la novela se ve pautada así por la forma como los variados personajes embozan sus intenciones. Hay algo soterrado que no se atreve a decir su nombre.

Don Alonso de Tordesillas, secretario del Consejo de Castilla, y el hombre al cual Nuño más odiaba, quizá por ser su reflejo agigantado en la casa de espejos del poder, también está presente. Teme ocultar sus raíces judías, aunque un hermano suyo, José, relapso, será condenado a arder en la hoguera en ese ánimo así: "Por esos días el mero hecho de levantar suspicacia equivalía a la más atroz de las condenas" (pág. 41).

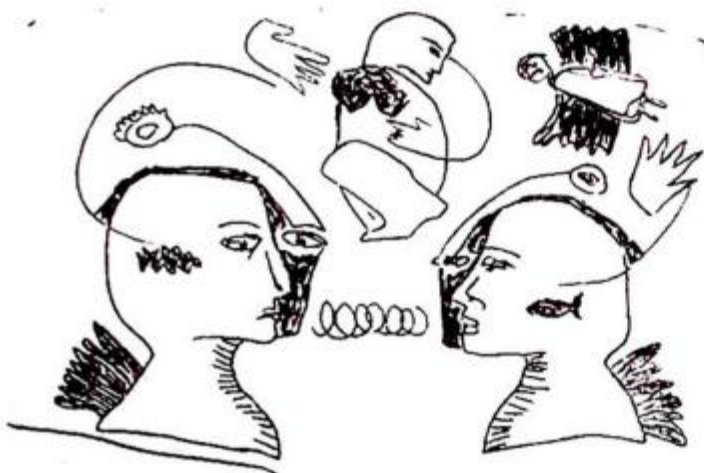
Veintiún relajados serán quemados esa misma noche, y la luz de las hogueras, con sus sombras espejeantes, incidirán aún más en la conciencia de esos dos hombres, que se saben judíos o que vieron, como en el caso de Tordesillas, volver a su padre a la fe judía, en el momento de morir. Pero ellos están vivos y tiemblan ante el brazo demasiado largo de la Inquisición.

1492. Un judío, en el cigarral de Toledo, descifra el albedrío de las plantas. Ahonda en sus virtudes curativas y se remonta, desde esa cabaña aislada, a sus milenarios orígenes. A su expulsión de la tierra sagrada y a su exilio, por el mundo. Mosé ben Aberatel tiene dos hijos, Isaac y Reuben, y sus largos diálogos con plantas como la albahaca le han dado prestigio de médico herbolista, dentro de una tradición reconocida y respetada. La propia reina Isabel, en su momento, había mandado por un remedio suyo contra el dolor del vientre.

Estamos en Toledo, en el momento cenital en que tres culturas conviven, enriqueciéndose y fecundándose mutuamente. Judíos, árabes y cristianos traducen al mundo a su lenguaje y crean puentes invaluables entre Oriente y Occidente.

Ombbligo del reino, la sabiduría se hace práctica: fertiliza los campos, hermosea la casa, dilata las ciudades. Una insospechada utopía vuelta realidad en la tierra, donde las contradicciones se tornan creativas.

El decreto de expulsión, con el puntillismo legalista de su árida prosa, hará saltar en pedazos esa sutil armonía. Por pensar que se les roban las almas, los reyes expulsarán a sabios y prestamistas, astrónomos y curtidores. Truncarán infinidad de vidas obligándolas a desplazarse. A huir de nuevo en la diáspora.



Escindido el mundo, el padre verá a su vez a sus dos hijos tomar caminos distintos. Uno escogerá el bautismo para esconder allí, bajo tal subterfugio, la luz de un *menorah* que alumbra clandestina. El otro se irá a Génova, a Ámsterdam, eterno peregrino. El Ámsterdam que Rembrandt inmortalizó con sus grabados en penumbra, de rabinos y sinagogas, de filósofos que meditan en la sombra o pulen lentes geométricos, como Baruch Spinoza. El de usureros y malos negocios que llevarían al propio Rembrandt a ver vendidos, en subasta, casa, pieles, grabados, óleos, sus objetos preciosos.

Pero quizá lo más conmovedor de dicha escena es la llegada del extranjero perseguido que quiere compartir el pan ácimo con los hermanos de su tribu. La hospitalidad de quienes humanizan el destierro y saben muy bien cómo el huésped hirsuto bien puede ser el ángel que anuncia la bienaventuranza o despliega el pendón de la nueva guerra.

En la tercera secuencia, nuestro viejo conocido Nuño de la Cueva vuelve a hundirse en la zozobra. Ha sido llamado a trabajar para la San-

ta Inquisición. Su pasado se le cierra como un cepo en la garganta, pero su mentor, fray Gil de Santillana, no lo tranquilizará demasiado en esa escena de promesa y coacción donde le ofrecerá infinitas indulgencias plenarias, además de unos emolumentos mediocres, por la bajeza de sus denuncias, chismes e infidencias.

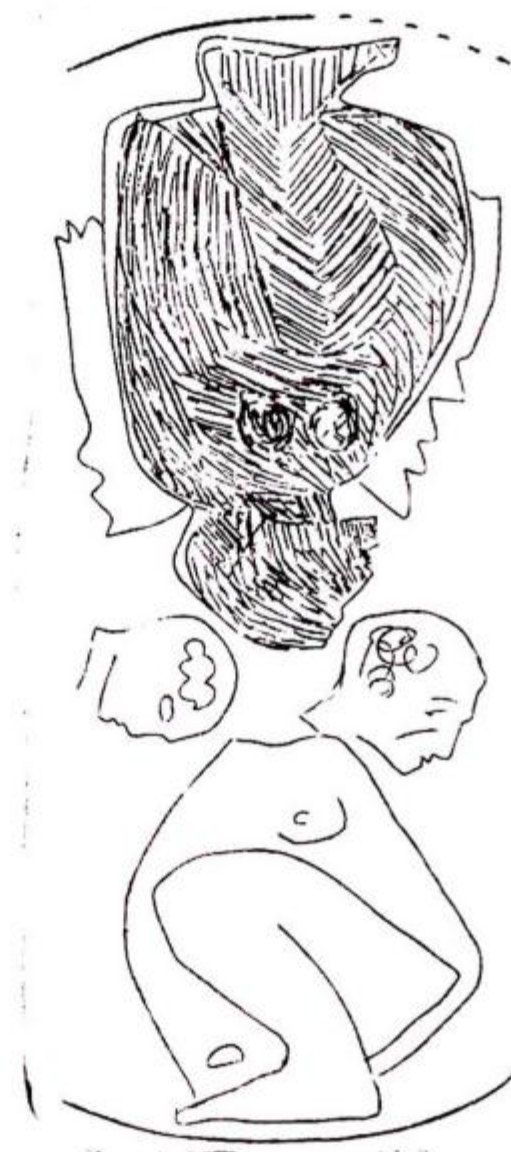
Aquí es donde la novela afina su fuerza. La sagaz, casi exhaustiva, erudición histórica. La sabia puntualidad descriptiva de épocas, trajes y objetos, da paso a una potenciación geométrica del absurdo. Husmeando sospechosos, Nuño hará guardia en las carnicerías para corroborar si los implicados se niegan al jamón, los embutidos o las costillas de cerdo, y si lo hacen son judíos. Tales las abyecciones en que incurren los informantes. Tales las pruebas contrarias de procesos cercanos al delirio. Descubrirá, no hay duda, en un reino loco dirigido por Carlos IV, sinagogas clandestinas o circuncisiones a trasmano, pero no nos olvidemos de monarcas recubiertos con sangre y vísceras de paloma para exorcizar sus malos humores y de reinas dementes de amor paseando por los caminos de entonces el ataúd nauseabundo de quien había sido su dueño y su sol.

Ese mundo gazmoño e intolerante que Carlos Fuentes recreó en *Terra Nostra* (1975) con todo su demencial delirio hispánico, es el mismo que ahora se nos da desde otra perspectiva. Con el tono neutro de un muy prolijo informe kafkiano, Fernando Toledo nos sugiere caídas (que no se dan) y nos abre túneles (que no llevan a ninguna parte). Ese perro inquisitivo, que sigue la pista ciudad tras ciudad, deslizándose entre sugerencias que son verdad y verdades que se le esfuman, termina por convertirse en fantasma de sí mismo: "Los eufemismos llegaron a ser parte de sus hábitos y las tergiversaciones de identidad se convirtieron en pan comido" (pág. 110).

Hasta el punto de que la entrada a la Santa Inquisición, una ordalía compleja de miedos y alucinaciones, termina por convertirse en un árido trámite burocrático en el propio con-

fesionario, desde el cual se le expiden órdenes tajantes: ronda a aquel, viola la intimidad de aquella otra. Levanta, en definitiva, el tejado de esta corte podrida y muéstranos, con visión de futura bruja de Goya, el plano de nuestras miserias mejor guardadas: aquellas que ya todos sabemos. El rumor indetenible de nuestra sangre hebrea. Esa gota (real, cultural) que todos llevamos, según recordaba Borges.

Así Nuño de la Cueva, preso en los círculos infernales de su propia pesquisa, se irá detrás de don Alonso de Tordesillas para saber lo que Nuño ya sabe en sí mismo. Que Tordesillas, como Cueva, descendía de familias judías y que el primero provendría, precisamente, de Mosé ben Aberatel a través de su hijo Reuben. Sólo que Tordesillas era secretario general del Consejo de Castilla y él, Nuño, un pobre diablo que ya vendió su alma al diablo por unos dudosos maravedíes entregados con suspicacia al sigilo.



Quizá por ello esta novela-recuento, esta crónica pormenorizada de desplazamientos, parece viajar mucho pero queda anclada en su centro. Llegamos hasta Ferrara, donde Eleonora d'Este, esposa del duque y de origen aragonés, recibe

a los fugitivos. Vamos a Constantinopla, fondeamos en Curazao. Pero la verdadera historia, que vino de la sombra, se disuelve en ella: Alonso de Tordesillas se fue, dejando atrás cargo, mujer e hijos. Se convertirá al judaísmo en Ámsterdam, llamándose Abraham. Nuño, despedido del Santo Oficio por incompetente, enloquece y mendiga, hasta ser un bulto en la puerta de la iglesia. El fantasma que quiso atrapar —él mismo— es el balbuceo delirante de su postrer escrito a la Inquisición. Pero la saga tiene un sorprendente final, que no revelaré. Sucede en Bogotá y nos obliga a reconocer la sugerente astucia con que Fernando Toledo (1948) nos ha seducido y encantado, fingiendo contar muchas historias para sólo contarnos la suya propia. La de un escritor que nos envuelve y devora con su aparente fascinación por el mundo, cuando en verdad nos narra el paulatino desapego de varias almas que se despojan a sí mismas para hallar la verdad de su condición. He aquí un primer logro que vale la pena recoger y disfrutar.

JUAN GUSTAVO
COBO BORDA

La furibunda oralidad de esta prosa

El desbarrancadero

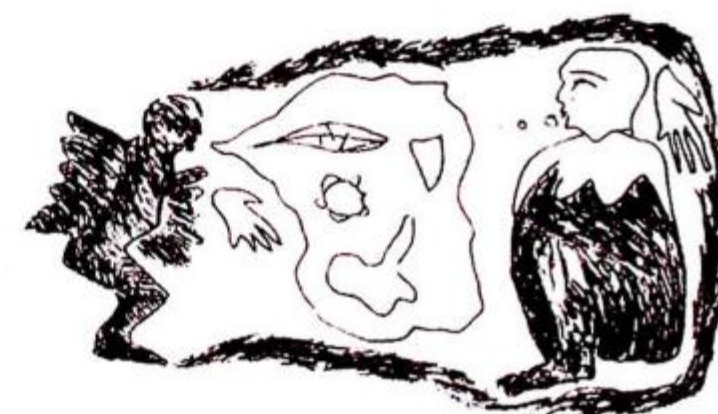
Fernando Vallejo

Alfaguara, Bogotá, 2001, 194 págs.

La mejor prueba de que en Colombia no se lee es que Vallejo no haya sido abaleado todavía. Conociendo el temperamento colectivo del país, esa mezcla de chovinismo ególatra, de orgullo cursi y de total ausencia de ironía, que sus diatribas-cum-novela no le hayan reportado mayores disgustos sólo puede ser atribuido a que sus libros, si bien se venden, no se examinan. En España ocurre lo mismo, pero por motivos distintos: la cómoda superficialidad de la crí-

tica se ha contentado con repetir que después del *realismo mágico* viene la *literatura de la violencia*, dos conceptos que, más que conceptos, son estanterías, y que han contribuido a que Vallejo entre en el mismo saco de cualquier *redactor* capaz de meter un narcotraficante o dos entre sus personajes. Pues bien: en *El desbarrancadero* la diatriba y la violencia llegan más lejos que nunca: son más viscerales, si se me permite un adjetivo tan trajinado; también son más articuladas. Prescinden de cualquier sutileza —y, más que nada, de esa sutileza, definitiva y última, que es la urbanidad estilística: Vallejo la reemplaza por la precisión de su oído y de su puntuación, capaces, actuando en equipo, de hacer que el verbo antioqueño, hecho de charlatanería, amargura de viejo solterón, licencia iconoclasta y burla descarada, viva sobre la página y logre contener el caos de la materia que narra. Ante la furibunda oralidad de esta prosa, pensamos al principio encontrarnos con un autor instintivo y locuaz, como era locuaz e instintivo Céline. Luego leemos en *Logoi*, la gramática del lenguaje literario que Vallejo publicó en 1983: “Sostenía Aristóteles en su *Retórica* (III, II, 2 y 3) que la desviación de lo ordinario era lo que hacía parecer más noble al lenguaje de la oratoria. Y que, puesto que el hombre ama lo insólito, el orador debía darle un aire extraño a sus palabras; algo que asombrara a sus oyentes haciéndolos sentir como ante un extranjero y no como ante un conciudadano. Hoy por hoy esta constatación de Aristóteles sigue siendo una gran verdad de la lingüística: la prosa es como una lengua extranjera opuesta a la lengua cotidiana”. Vallejo el gramático sabe que toda novela está compuesta “en un idioma que sólo en parte coincide con la forma hablada”. *El desbarrancadero* es, entre otras cosas (y estilísticamente poco más), una ostentación del dominio ejercido sobre esa parte. Nada de lo que hace Vallejo es espontáneo, nada no es premeditado. Todo sirve a la transposición literaria, no literaturizada, del despre-

cio: “Por lo pronto Dios no existe, este Papa es un cerdo y Colombia un matadero y aquí voy rodando a oscuras montado en la Tierra estúpida [...]. ¡Ánimo, país verraco, que aquí no hacen falta escuelas, universidades, hospitales, carreteras, puentes! Aquí lo que sobra es hijueputas”. Éste es uno de los pocos lugares en que la diatriba se rebaja al cliché de la admonición quejica: en el resto del texto, Vallejo suele evitar esos peligros. En literatura, el lugar común es, entre otras cosas, la formulación de prejuicios heredados, de indignaciones de segunda mano, una respuesta (demasiado) espontánea a los estímulos de la realidad. El que una novela tan resentida, tan pronta para el insulto, no contenga virtualmente ningún lugar común (salvo aquéllos cuya intención deliberada es la parodia), es testimonio del cuidado que hay debajo y antes de la prosa. Desde que le fue diagnosticado el sida, Darío, hermano de Vallejo, empezó a vivir en un “inmenso fulgor in crescendo. ¿Se diría el último resplandor de la llama? Sí, pero lo diría usted porque yo no hablo en lugares comunes tan pendejos”.



Vallejo el arquitecto, por otro lado, se ha superado a sí mismo. En libros anteriores había desarrollado todo un arsenal de transiciones, cosa que le resultó imprescindible —como a Bernhard, ese otro formalista del odio con el cual ya es corriente y aburrido compararlo—, para llevar a buen término las 120 páginas de párrafos densos, no capitulados, de *La virgen de los sicarios*, y el flujo ininterrumpido de la voz biógrafa en *Chapolas negras*. En ambos libros, el punto y aparte era casi un artículo suntuario; en la nueva novela, la inclusión de diálogos es responsable de